

prohibiciones y concesiones ordinarias en semejante caso, se prohíben aquí los torneos durante tres años y se ordena que por espacio de cuatro, a lo menos, se observe la paz por toda la cristiandad, bajo la pena de incurrir en las censuras eclesiásticas y en los efectos temporales que en aquellos tiempos se añadan á ellas.

Unos seis meses después del concilio de Letran murió Inocencio III en Perusa, el 16 ó 17 de julio de 1216. Su pontificado, de más de diez y ocho años, fué distinguido por los acontecimientos singulares en los cuales tuvo parte, y por el gran número de decretales que son otras tantas pruebas de su habilidad en la ciencia del derecho, de la grandeza de sus miras y de la firmeza de su carácter. Los autores de su siglo hablan de él con mucha variedad, y se manifiestan tan estremados en sus elogios como en sus censuras. El monge Rigordo (1) le tiene por un hombre incomparable, que no hizo más que maravillas. Mateo Paris (2) le acusa de soberbio y avaro; pero Paris es un censor cuya malignidad así en éste como en otros muchos casos le hace juzgar muy mal. Inocencio III estaba tan poco apegado á las riquezas que vendió su vagilla de plata para socorrer á los pobres y la reemplazó con una vagilla de barro. Era por otra parte tan enemigo de la venalidad que su

ta el Papa, que no esté á los pies del s<sup>o</sup>llo el maestro del sacro palacio. A él corresponde en la corte de Roma dar el bonete de doctor y nombrar los sujetos que antes han de examinar á los que aspiran á esta distincion; tiene el derecho de examinar las tesis y los libros, de conceder ó negar su publicacion, y de dar licencias para leer los prohibidos. Elige los predicadores del Papa con facultad de corregir sus sermones, y aun en caso necesario á los mismos predicadores en presencia de Su Santidad. En sus ausencias puede nombrar otro en su lugar que goza de las mismas prerogativas. Todas estas facultades fueron confirmadas y extendidas por Calisto III en el año 1436. Véase Tournon, lib. 2, cap. 1, 2 et 3.

(N. del E.)

- (1) Pag. 66.  
(2) Pag. 106.

primer cuidado desde que ascendió al s<sup>o</sup>llo pontificio fué proscribirla de la corte romana, donde antes de él reinaba impunemente (1). Mateo Paris habria podido á lo sumo censurar lo que el celo y jurisprudencia recibidas en aquella época hicieron arrogarse sobre lo temporal de los principes á un Papa que extendió la autoridad de su Silla más allá que ninguno de sus predecesores, sin exceptuar á Gregorio VII. Dicen que Santa Ludgarda, religiosa del orden del Cister en el Brabante, vió á Inocencio después de su muerte librarse con dificultad de las penas eternas, y condenado á un largo purgatorio (2); lo que prueba á lo menos (es Fleury quien lo dice) que algunos de sus más virtuosos contemporáneos pensaban que este Papa habia cometido grandes faltas. Inocencio III fué el que arregló el tribunal y las atribuciones de la Inquisicion; pero no fué quien la fundó ó instituyó, porque existia ya muchos siglos antes. Además de las cartas de este Papa han quedado de él sus sermones, algunos tratados de piedad y otros muchos monumentos dignos de la estension y cultura de su ingenio. La Iglesia le es deudora, segun se dice, de la bella prosa: *Veni Sancte Spiritus*. Al otro día ó al siguiente de su muerte, 18 de julio, eligieron en el mismo Perusa para sucederle al cardenal Cencio Savelli, que tomó el nombre de Honorio III.

Confirmado en el Concilio de Letran el instituto de San Francisco, y viviendo todavía el Papa Inocencio, pareció estar indeciso el humilde fundador sobre si ocuparia á sus discípulos en la predicacion del Evangelio, ó solamente en la oracion y en los ejercicios pacíficos del retiro (3). Aunque versado en los caminos de Dios y frecuentemente guiado por el espíritu de profecía,

(1) *Art. de verif. les Dat.*

(2) *Sur. 16 Jun.*

(3) *Vil. per Bonav. cap. 12.*

no se desdenaba de tomar consejo hasta de los más sencillos; y temiendo decidir esta cuestion (1), rogó á Fr. Silvestre, que estaba continuamente ocupado en la oracion sobre una montaña cerca de Asís, que consultase al Señor y le comunicase las luces que recibiese. Pidió asimismo á Santa Clara que explorase la voluntad de Dios acerca del propio objeto, tanto por sí misma como por medio de alguna de sus religiosas que tuviese más sencillez y pureza. Clara y Silvestre, acordes perfectamente en sus respuestas, aseguraron ser la voluntad de Dios que los frailes se dedicasen al ministerio apostólico. Francisco adoptó esta decision, y los efectos manifestaron que habia venido del cielo.

Repartió como á otros tantos Apóstoles las provincias y reinos entre los frailes más distinguidos por su ciencia y virtud. En España, Bernardo de Quintevale, su primer discípulo, con cierto número de colaboradores proporcionados á la importancia de esta mision; Juan Bonella, con treinta y tres compañeros en Provenza; Juan de Strachia, establecido ministro ó superior en Lombardia; en la Marca de Ancona, Benito de Arezzo, muy querido del Santo; en Toscana, Elías de Cortona, después general de la orden; todos fueron recibidos de estos diversos pueblos como enviados del cielo. Juan de Penna, destinado para la Alemania con sesenta frailes, fué al principio muy mal recibido en ella. El hábito pobre y singular que llevaban hizo que se los confundiese con aquellos falsos reformadores que propagaban la heregia á la sombra de su exterior mortificado. Pero algun tiempo después parece que quiso esta nacion disputar á las demás la preferencia en el afecto á estos religiosos, cuyo verdadero mérito no habia tenido lugar de conocer. San Fran-

cisco resolvió ir á Francia y penetrar hasta la Bélgica, y escogió á Paris para su mansion, como una ciudad distinguida por su piedad, especialmente para con el Sacramento adorable del altar.

Partió con este designio y llegó hasta Florencia, donde estaba de legado el cardenal Hugolino, obispo de Ostia. Este prelado de insigne virtud deseaba ardentemente ver á Francisco. A la primera entrevista le concibió un afecto tan estable, como puro era el principio de donde nacia. No aprobó el designio que tenia el santo varon de salir de Italia hallándose todavía naciente su orden, que aun tenia enemigos ocultos. Francisco, que sacrificaba su propio dictamen al del más inferior de sus hermanos, cedió hasta en su inclinacion por las misiones al modo de pensar del piadoso cardenal, y en su lugar hizo ir á Francia al hermano Pacifico. Era este un poeta convertido, cuyas composiciones le hicieron en otro tiempo tan famoso, que el emperador le dió públicamente la corona poética y le pusieron el sobrenombre de rey de los versos. Habiendo oido hablar del Santo, quiso verle, le oyó predicar y renunció inmediatamente el mundo para abrazar el nuevo instituto. Viéndole el santo fundador pasar de esta manera de la agitacion de las pasiones y de los remordimientos á la paz de la conciencia, le llamó Fr. Pacifico. Marchó, pues, á Francia cuatro ó cinco años después de su conversion, y fué allí el primer ministro de los frailes menores. Iba acompañado de Fr. Angel, que fué también el primer ministro en Inglaterra, y de Fr. Alberto, que se hizo muy célebre por su doctrina y llegó á ser el cuarto general de la orden.

Entretanto, bien informado Francisco de que esta tenia enemigos en Roma, y recibiendo quejas de muchos de sus hermanos acerca de la dureza con que los trataban algunos prelados, tomó la reso-

(1) *Vading. ann. 1212 et seq.*

lucion de pedir al mismo Papa un protector para sus frailes cerca de la Santa Sede. El cardenal Hugolino le habia protestado en términos espesos que contase enteramente con su favor. Este prelado, despues que de su legacion de Toscana regresó á Roma, obligó no sin trabajo al humilde Francisco á predicar delante del Papa y del Sacro Colegio. El santo, por respeto á esta augusta asamblea, compuso cuidadosamente un sermón, y lo aprendió exactamente de memoria: pero cuando quiso hablar no se acordó de una sola palabra de lo que habia escrito, porque el Espíritu Santo quiso ser su único maestro. Despues de haber confesado el orador su perplejidad, se entregó segun costumbre al adorable guia que queria dirigirle. Habló con tal fuerza y unción, que el Sumo Pontífice y toda la corte romana protestaron que no habian experimentado jamás impresion tan viva. Al colmarle de caricias el Papa cuando salieron del sermón en presencia del cardenal Hugolino: «Santo Padre, le dijo el santo orador, las bondades que me manifestais á mí y á mis pobres hermanos, me confunden; pero me tendria por un usurpador de un tiempo debido á la Iglesia, si quitásemos algunos momentos muy preciosos á su Gefe en medio de los negocios importantes que le cercan. Dadnos este cardenal para que bajo vuestra autoridad vele por nuestros intereses.» Condescendió el Papa Inocencio á su demanda, y el cardenal Hugolino fué el primer protector de los religiosos franciscanos, á imitacion de los cuales la mayor parte de las otras órdenes procuraron en adelante tener en Roma cardenales protectores.

Francisco no limitó su celo á las regiones habitadas por los cristianos. Envió al país de Marruecos cinco misioneros, llamados Berardo de Corbe, Pedro de San Geminiano, Otton, Ajut y Accurso. Tomaron su ruta por Coimbra, donde residian enton-

ces los reyes de Portugal, y donde la reina Urraca, que dos años antes habia proporcionado un establecimiento á los frailes menores, los recibió con sumo agrado. Habiéndose luego puesto vestidos seglares sobre los suyos, entraron en las tierras de los moros, penetraron hasta medio de Sevilla, y se presentaron á la puerta de palacio, anunciándose como embajadores enviados al rey de parte de Jesucristo Señor de los reyes. Inmediatamente hubieran sido sacrificados si el hijo del rey no moderase la cólera de su padre, quien se contentó con mandarlos encerrar, y aun luego les dió libertad de pasar al reino de Marruecos (1).

No fué su celo allí menos vivo que en Sevilla; predicaban á los sarracenos en cualquier parte que los encontrasen; y un dia viniendo de paseo el rey, á tiempo que Berardo de Corbe estaba cercado de una multitud á la que se esforzaba en atraer al cristianismo, no intimidando la presencia de este príncipe al misionero, redobló la energia de sus exhortaciones. Túvole el rey por loco, y mandó enviarle con sus compañeros á país cristiano, haciéndolos conducir á Ceuta para que allí se embarcasen. Todos cinco pudieron en el camino burlar la vigilancia de sus conductores, y vueltos á Marruecos se pusieron á predicar en la plaza pública. Los prendieron por segunda vez á fin de enviarlos á tierra de cristianos; pero tambien se escaparon, y fueron tercera vez á Marruecos, donde se presentaron al rey en cuya presencia comenzó Fr. Berardo á predicar el Evangelio, cuando el príncipe, furioso á vista de esta perseverancia tan intrépida, y mucho mas de la inutilidad de todo lo que pudiese decirle para trastornar su fé, les cortó la cabeza con sus propias manos el dia 16 de enero de 1220. Sus reliquias

(1) Vading. ann. 1219.

fueron recogidas por los cristianos de la ciudad, y trasladadas á Portugal al monasterio de Santa Cruz de Coimbra. El Señor obró allí muchos milagros que fueron causa de que se colocase á estos mártires en el número de los que la Iglesia venera públicamente.

Envió San Francisco otros siete de sus religiosos á predicar el Evangelio en Ceuta, primera ciudad de Africa sobre el estrecho que la separa de España. Al anunciar que no habia salvacion sino en Jesucristo, el príncipe musulman hizoles conducir á su presencia, y les ofreció grandes riquezas si querian abrazar el mahometismo. Viéndolos inalterables, los mandó separar y tentar á cada uno en particular bien con amenazas ó bien con promesas; y por último, en castigo de su constancia los condenó á ser degollados (1221). Algun tiempo despues fueron canonizados como los mártires de Marruecos (1).

No se contentó el santo fundador con poner á sus discípulos en accion; dióles el ejemplo del celo apostólico con tanta mas diligencia, cuanto menos religiosos literatos hallaba que llenasen sus deseos para exponerse á tan grandes riesgos. Este motivo, unido al ardor insaciable de caridad, movióle á enviar de antemano á Fr. Gil á los sarracenos que habitaban las regiones orientales del Africa: era hombre dotado de gran sencillez, y Francisco le apreciaba en extremo, y á cuya fé no veia nada imposible. Sin embargo, no pudieron adelantar cosa alguna contra la obstinacion musulmana Gil y algunos compañeros tan virtuosos como él, y entonces tuvieron motivo de convenecerse de que lejos de ganar perdía la verdadera Religion presentando la luz á unos furiosos que á vista de ella se hacian profanadores y homicidas.

(1) Sur. 13, Oct.

Pasó no obstante Francisco en persona al Egipto, en uno de los buques de socorro enviados á los cristianos que sitiaban á Damietta. Poco despues de su llegada preparáronse los sitiadores á dar una batalla á los infieles. El Santo tuvo revelacion de que el éxito no seria favorable á los cristianos, pero temió ser tenido por un visionario si anunciaba un acontecimiento tan impenetrable al espíritu humano. Comunicó su perplejidad al religioso que le acompañaba, y este le dijo: «hermano mio, temed mas á Dios que á los hombres, y tened en poco el juicio del mundo, que hace tiempo reputa en vos por locura la sabiduria evangélica.» Dirigióse luego Francisco al gefe de los cruzados para hacerle saber su revelacion, que se tomó en efecto por una ilusion; pero el hecho fué que los cristianos, habiendo dado el combate, fueron derrotados y perdieron cerca de seis mil hombres entre muertos y prisioneros. Créese fuera este el combate que dieron los cruzados alemanes y húngaros el 29 de agosto de 1219 (1).

Quedaron con todo los dos ejércitos el uno en frente del otro; pero los sarracenos estaban tan vigilantes que no podia cristiano alguno salir del campamento sin manifesto peligro; y aun el sultan habia prometido un besan de oro á quien le trajese la cabeza de un cristiano. Pero nada fué bastante á intimidar á Francisco, el cual halló medio de sustraerse á la vigilancia de los infieles y marchó á su campo con solo un compañero. Encontraron dos ovejas y dijo al religioso que le acompañaba: «Animémonos, hermano mio, con las promesas de Aquel que nos envia como ovejas en medio de los lobos.» Pronto se vieron acometidos de los sarracenos que los ataron y cargaron de golpes y

(1) Bonav. in vit. cap. 19; Jac. Vitr. Hist. occid. cap. 32.

de injurias. Francisco les dijo con energía: «yo soy cristiano y tengo que tratar de un negocio con vuestro señor; no tardeis en conducirme á él.»

El sultan era Malec-Camel, hijo de Safadino y llamado Meledino por nuestros autores. Preguntó á los dos religiosos quién los enviaba: Francisco respondió: «El Señor Altísimo es quien nos envía, para mostrarnos el camino del cielo á vos y á vuestro pueblo.» Prendado de su firmeza el sultan, le dió muchas audiencias en el espacio de pocos dias, y le convidó á establecerse cerca de su persona. «Me quedaré gustoso», respondió Francisco, si quereis convertirnos junto con vuestro pueblo. Si tal vez os ocurre alguna duda sobre la necesidad de abandonar la ley de Mahoma para abrazar la de Jesucristo, haced encender una grande hoguera y yo entraré en ella con los doctores de vuestra religion, á fin de que Dios Criador de los elementos os haga conocer cuál es la ley que es necesario seguir.» — «Dudo mucho», replicó Meledino, que haya alguno de nuestros imanes que quiera entrar en el fuego por su religion.» — En efecto, uno de los mas ancianos habia ya desaparecido temblando al primer desafio del santo varon, quien replicó al sultan: «Pues bien, yo entraré solo, si me prometeis que vos y vuestros vasallos abrazareis el cristianismo, suponiendo que salga sano y salvo.» Meledino respondió entonces mas seriamente que temia una sublevacion si hacia este pacto; ofreció ricos presentes al Santo, y rehusándolos este se hizo todavia mas venerable á sus ojos. Despidióle luego y le dijo suspirando: «rogad por mí, padre mio, á fin de que Dios me haga conocer la religion que le es mas agradable.»

A su regreso de Egipto convocó Francisco un capítulo general en Asís (1219). Durante su ausencia habia recibido grandes quejas contra Fr. Elías, á quien habia deja-

do, no sin cierta inquietud, por vicario general, como un hombre hábil para el gobierno, ó mejor diremos, muy acreditado entre los hermanos. Ya desde el primer capítulo celebrado el año anterior, manifestando Elías una sabiduría muy sospechosa á la humildad de Francisco, le hizo decir por medio del cardenal protector de la orden, que un hombre simple y sin letras debia oír los consejos de los religiosos versados en las ciencias y en los negocios, añadiendo á esto que no era cuerdo encarecer tanto el sistema de los antiguos padres de la vida cenobítica, y aficionarse solo á reglas nuevas superiores á la flaqueza humana. Descubriendo Francisco la maniobra, y penetrando hasta el fondo de los corazones, se levantó en medio del capítulo, y dijo en presencia del cardenal: «Hermanos, mis queridos hermanos, Dios nos llama á la vida sencilla y humilde para seguir la locura de la cruz. No me propongais otra regla que la que el Señor se ha dignado enseñarme. Nada hago por mí mismo en esta materia, y Dios me ha hecho conocer su voluntad con señales que no son sospechosas. Temed que los sabios que os sorprenden atraigan sobre sí ó sobre vosotros la cólera del cielo. Su prudencia carnal no engañará al Señor; mas ellos se engañan á sí mismos, esforzándose en destruir lo que Jesucristo ordena para su salvacion por el órgano de Francisco su indigno siervo.»

Las quejas que despues de esta tentativa se suscitaron contra las relajaciones de Elías no pudieron dejar de causar impresion en el santo fundador, el cual tardó poco en ver con sus propios ojos cuán bien fundadas eran. El discípulo degenerado osó presentarse delante de su maestro con un hábito mas pulcro, y de una tela mucho mas fina que los demas, una capucha mas ancha, parecida á la que llevaban todavia muchas gentes del siglo, las mangas mas largas y

un paso poco modesto. Sin esplicarse todavia el varon de Dios, le rogó que le prestase su hábito. Se le puso por encima del suyo, y le plegó con elegancia por debajo de la cintura, levantó con orgullo la capilla, y marchando luego con pasos graves, la cabeza erguida y el pecho dilatado iba saludando á los presentes diciendo en tono de proteccion: *Dios os guarde, mis buenos hermanos.* Dió tres ó cuatro vueltas de esta manera en medio de la asamblea. Despojándose luego de aquel hábito con indignacion, le arrojó lejos de sí, y volviéndose al culpable: «Ved, le dijo, cómo serán espelidos los frailes bastardos de la orden. Y ved, añadió, volviendo á su sencillez natural, el modo que caracteriza á nuestros hermanos legítimos (1).» Proscribió todas las novedades que Elías habia introducido en la orden, le quitó el cargo de vicario, é hizo nombrar en su lugar á Pedro de Catania. Luego quiso renunciar á todo gobierno y someterse á Pedro, como á ministro general; mas los hermanos no pudieron consentir en ello, y declararon que, en tanto que él viviese, cualquiera otro superior seria solamente vicario suyo.

No se redujo á estas exterioridades la humildad de Francisco: se estendió hasta á las distinciones y prerogativas del estado, que los individuos de las comunidades sostienen á las veces con tanta mayor entereza, cuanto se hallan mas desprendidos de los intereses mundanos. Quejaronse á San Francisco muchos frailes de que en las provincias lejanas varios obispos no les permitian predicar, y le rogaron que les sacase un privilegio del Papa para anunciar sin tal permiso la palabra divina donde les pareciese oportuno. Manifestóse asustado de esta pretension el santo varon, y respondió: «¡Qué, hermanos míos! ¿asi olvidais el espíritu de

vuestro estado? Vuestro privilegio natural es no tener ninguno; las distinciones solamente servirian para ensoberbeceros y suministrar motivos de exasperacion y de discordia á los demas. El orden exige que os ganeis primero á los superiores con la humildad y sumision, y despues con la palabra y el buen ejemplo á los fieles que viven sujetos á sus leyes. Cuando los prelados vean que vivís santamente y que reverenciáis su autoridad, ellos serán los primeros en pedir os que coopereis á la salvacion de las almas que están confiadas á su cuidado (1).» Respuesta muy digna del humilde fundador, dice

Feller; pero ella no impide que las exenciones y privilegios de los religiosos hayan sido útiles muchas veces á la Iglesia y aun necesarias en las diócesis cuyos obispos eran ó favorables al error, ó descuidados y negligentes en procurar la salvacion de sus ovejas. Habiendo manifestado algunos frailes á Francisco que habian encontrado párrocos tan intratables, que todas las atenciones posibles y la mas ejemplar vida no podian reducirlos; replicó el Santo: «Nosotros hacemos en la santa milicia el papel de tropas auxiliares y no estamos revestidos del mando: nuestra recompensa será arreglada, no á los sucesos, sino al trabajo y á la buena voluntad. En cuanto á lo demás, si sois hijos de la paz ganareis al clero y al pueblo. Suplid el defecto de los pastores, y aun cubrid sus faltas; y despues de todo esto procurad ser cada vez mas humildes (2).» No obstante, como la falta de aprobacion por escrito y de un modo auténtico del instituto de San Francisco, daba motivo al clero secular para causar á sus religiosos una gran parte de estos disgustos; por consejo y auxilio del cardenal pro-

(1) Vading. ann. 1220.

B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

(1) Vading. ann. 1219 num. 26.

(2) Collat. 12, tom. 3, opusc. mol. 1000 (1)